

Cristianismo
y Economía
de Mercado

Dios nos hizo libres

GABRIEL LE SENNE

DIOS NOS HIZO LIBRES

Apología del cristianismo y el liberalismo

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA



Unión Editorial



CENTRO DIEGO
DE COVARRUBIAS

THINK!

3ª edición revisada
© 2019 Gabriel Le Senne
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Nicaragua 17 - local • 28016 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

© 2020 Centro Diego de Covarrubias
Correo: info@centrocovarrubias.org
www.centrocovarrubias.org

ISBN: 978-84-7209-793-3
Depósito legal: [En trámite]-2020

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del *copyright*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Agradecimientos

A Maribel, Gabriel y Toni, a mis padres, y al Centro Diego de Covarrubias y a la Fundación Barceló, por su apoyo. Y a todos los que me han ayudado, consciente o inconscientemente.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO DEL CENTRO DIEGO DE COVARRUBIAS	13
PRÓLOGO DE LA FUNDACIÓN BARCELÓ	21
PRÓLOGO DE JOSÉ-RAMÓN FERRANDIS	25
1. INTRODUCCIÓN	35
2. EL CRISTIANISMO	39
2.1. ¿En qué consiste el cristianismo?	39
2.1.1. Dios es amor	39
2.1.2. Dios nos hizo libres	43
2.1.3. El cristianismo es amor	48
2.2. Razones para creer	51
2.2.1. Fe y razón	51
2.2.2. La ley de la naturaleza humana	57
2.2.3. Historicidad de los Evangelios	58
2.2.4. Jesús profetizado	61
2.2.5. Reliquias, apariciones y milagros	65
2.2.6. El salto de fe y la experiencia personal	70
2.3. El Reino de Dios	72
3. EL LIBERALISMO	75
3.1. ¿En qué consiste el liberalismo?	75
3.1.1. Principios esenciales	76
3.1.2. Riqueza, capital y trabajo	78

GABRIEL LE SENNE

3.1.3.	Pobreza y desigualdad	81
3.1.4.	Precios, cálculo económico y socialismo .	84
3.1.5.	Lo que se ve y lo que no se ve	90
3.2.	Consecuencias del liberalismo	94
3.2.1.	Forma de gobierno	94
3.2.2.	Capitalismo y corporativismo.....	96
3.2.3.	Gasto público e impuestos	99
3.2.4.	Mercado de trabajo	101
3.2.5.	Educación	105
3.2.6.	Sanidad	109
3.2.7.	Pensiones.....	111
3.2.8.	Asistencia social.....	116
3.2.9.	Sistema bancario y política monetaria	119
3.2.10.	Drogas	127
3.2.11.	Política exterior	132
3.3.	Un mundo de paz y progreso	135
4.	CRISTIANISMO Y LIBERALISMO	143
4.1.	El liberalismo en las Sagradas Escrituras	143
4.2.	El liberalismo en la doctrina social de la Iglesia...	153
4.3.	El cristianismo en el origen del liberalismo	157
4.4.	El cristianismo nos hace auténticamente libres	161
4.5.	Conclusión: un mundo libre para acercarnos a Dios.....	164
5.	BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA.....	169

PRESENTACIÓN

En la historia de la Humanidad, la lucha por la Libertad, fundamento de la dignidad humana, ha sido ardua y constante, en un proceso de lentos avances sujetos a ataques desde distintos ámbitos de la sociedad, tanto políticos como religiosos.

La libertad económica, que dio los primeros pasos con los escolásticos españoles del s. XVI y que se plasma en la libertad de empresa y en la libertad de mercado, ha sufrido múltiples avatares hasta que, con la Revolución Industrial, pudo empezar a demostrar con resultados sus beneficios: crecimiento económico, prosperidad, disminución de la pobreza y del hambre, y avance del bienestar material de la humanidad.

Sin embargo, tales éxitos han sido constantemente denostados desde distintas perspectivas debido a ese pecado capital que es la envidia.

En concreto, las ideas sociales derivadas tanto del socialismo (en sus múltiples facetas) como del conservadurismo han puesto constantes trabas a los avances de la libertad económica. A estos ataques se han sumado algunas ideas religiosas ancladas en una economía anticuada, que valora el intercambio como un juego de suma cero, sin crecimiento ni movilidad vertical y horizontal. Todo ello hace que, en estos momentos, la libertad de las personas, de la sociedad y de la economía esté amenazada o al menos se halle en cuestión

en amplias capas de nuestra sociedad, incluso a pesar de los evidentes beneficios que genera.

La colección que se inició con el nombre de Cristianismo y Economía de Mercado de la mano de Unión Editorial y el Centro Diego de Covarrubias pretende aportar conocimiento, ideas y argumentos a esa batalla que se está desarrollando en la que defendemos una sociedad basada en el concepto indivisible de la libertad de la persona que creemos fundamentada en tres pilares:

1. Un sistema económico de libre mercado y libre empresa que se deriva de la existencia de derechos de propiedad bien definidos y debidamente protegidos por la Ley. La economía de mercado constituye la forma más eficaz, eficiente y moral de combatir la pobreza y crear riqueza, empleo y bienestar.
2. Un sistema político democrático basado en la separación real de poderes, la igualdad ante la Ley y el respeto de los derechos constitucionales de las minorías. A ello se suman la garantía del derecho a la vida, (incluida la del concebido y aún no nacido), a la propiedad y a las libertades personales (de expresión, educación, religión, desplazamiento, residencia, etc.) que derivan del Derecho Natural.
3. Un sistema moral y cultural pluralista basado en los principios éticos y culturales de la civilización judeo-cristiana y greco-romana. Estos principios definen el sistema de valores que actúa como marco en el que se desenvuelven los otros dos pilares.

VICENTE BOCETA ÁLVAREZ
PRESIDENTE DEL CENTRO DIEGO DE COVARRUBIAS

PRÓLOGO DEL CENTRO DIEGO DE COVARRUBIAS

Las relaciones entre el Liberalismo Económico y el Cristianismo siguen siendo desgraciadamente conflictivas. De hecho, hasta la encíclica *Centesimus Annus*, la Iglesia no dio realmente carta de naturaleza al capitalismo democrático con la famosa frase de Juan Pablo II: «Si por capitalismo se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva».

Y este sistema económico ha logrado que la gran mayoría de la humanidad deje de vivir en situación de precariedad. Según los estudios del Banco Mundial y el análisis de economistas como William Easterly, Laurence Chandy, Xavier Sala-i-Martin o Daron Acemoglu, la pobreza se ha desplomado en las últimas cuatro décadas tanto en términos absolutos como relativos. Incluso a pesar del aumento de la población mundial, el número de personas que viven con menos de un dólar al día se ha reducido enormemente desde 1980. Esta mejora generalizada se ha transmitido a todas las clases sociales ya que no solo los ricos son más ricos, sino también los pobres son cada vez menos pobres. Evidentemente, todavía existe mucha pobreza y debemos trabajar para erradicarla, pero lo logrado hasta el momento es un éxito indudable de la economía de mercado.

Otros indicadores del desarrollo, como la esperanza de vida (que en África es ya de casi 60 años), o la mortalidad infantil han mejorado drásticamente. En 1960 fallecían en su primer año de vida 108 de cada 1.000 niños nacidos en el mundo. En 2011, esa cifra había bajado hasta los 28. Del mismo modo, el porcentaje de personas con acceso a agua potable sigue creciendo, aunque lentamente: entre 1990 y 2006 ha pasado del 80% al 86% de la población mundial.

En realidad, lo que deberíamos preguntarnos no es por qué hay pobres, sino por qué hay ricos. Desde que la humanidad comenzó su andadura, la norma ha sido la pobreza. Lo extraño ha sido el enorme crecimiento económico del que disfrutamos desde hace dos siglos gracias al capitalismo y al libre mercado. De hecho, es evidente que la pobreza y el hambre están mucho más presentes allí donde no hay liberalismo económico ni capitalismo democrático sino por el contrario guerras, dictaduras y socialismo en sus distintas facetas, desde la satrapía norcoreana al más limitado pero también nocivo populismo latinoamericano. Culpar al liberalismo económico de la situación de precariedad en esos continentes es un gravísimo error fruto de la ignorancia o de la mala voluntad.

Lo peor de todo es que, a pesar de la evidencia de los datos, algunas corrientes políticas y religiosas siguen recomendando como solución a los males que nos rodean más intervencionismo, quizás sin darse cuenta de que las viejas fórmulas fracasadas no harán sino agravar el problema y causar más pobreza y más hambre. Es como recetar a una persona que le duele el estómago por una úlcera, dosis masivas de aspirina contra ese dolor... lo que irremediamente le conducirá a la muerte.

Las terribles condiciones de salud, alimentación o vivienda de millones de seres humanos en Iberoamérica o África,

se debe a que han sido excluidos del mercado simplemente porque no hay mercado, ni realmente un Estado de Derecho.

Más que a la existencia de la pobreza, los críticos de la economía de mercado se están refiriendo a la desigualdad de resultados. Se enfoca el problema de la pobreza como si se tratara de redistribuir una tarta fija de riqueza que existe pero está mal distribuida. Sin embargo, este planteamiento en realidad agrava el problema porque al eliminar los incentivos para la producción, cada vez hay menos para redistribuir. Y esto sin considerar los problemas éticos y económicos de las políticas redistributivas.

La riqueza no es un pastel de un tamaño dado. Esa es una visión muy anticuada, propia de la economía que existió hasta el siglo XVIII. Hasta entonces, sí existía prácticamente una economía de «suma cero». Pero a partir de la Revolución Industrial el pastel ha crecido permanentemente, lo que ha permitido que aunque los ricos hayan sido cada vez más ricos a la vez existan cada vez menos pobres (excepto en aquellos países donde existen regímenes socialistas o dictaduras de todo tipo).

El problema no es de desigualdad de resultados, sino de escasez de posibilidades para crecer. Hay que buscar y crear más y mejores oportunidades, más y mejores posibilidades para que las personas actúen con y en libertad. La equidad entendida como igualitarismo es una quimera perversa que conduce a la miseria colectiva.

Desde una perspectiva católica, es preciso afirmar que la desigualdad de ingresos y resultados es positiva y refleja cinco premisas basadas en los mensajes bíblicos:

- Cada uno de nosotros somos creados individualmente.
- Cada uno de nosotros somos creados libres.
- La diversidad es una premisa de la creación. Nacemos con distintos talentos y defectos.

- Cultivando nuestros talentos podemos desatar nuestra ventaja comparativa y añadir valor al mercado, sirviendo con nuestros dones a otros.
- A través de esos talentos tenemos el mandato de crecer, en todos los sentidos, espiritual y materialmente. Debemos multiplicarnos, no solo en términos cuantitativos sino también en términos cualitativos. Dios nos hizo señores de la tierra, lo que implica hacerla producir y crear riqueza de forma sostenida.

De estas premisas se derivan algunas consecuencias que son necesarias para que la humanidad prospere:

- En una Sociedad libre, es decir sin corrupción, la disparidad y desigualdad de resultados, salarios, ingresos o beneficios no es un signo de injusticia.
- No debemos preocuparnos sobre la desigualdad de riqueza o ingresos sino de la prosperidad de aquellos en los niveles más bajos y de su movilidad vertical y horizontal.
- Una Sociedad de oportunidades es la mejor manera para incentivar y liberar la creatividad y dignidad con la que hemos sido creados y mediante la cual servimos a otros con nuestros talentos.
- La clave está, no tanto en la distribución de la riqueza sino en la creación de riqueza a través de la libertad en general y, en particular la libertad de empresa, la libertad de mercado, la igualdad ante la ley y la protección de los derechos de propiedad.

Como afirma el catedrático católico de filosofía del derecho de la Universidad de Sevilla Francisco José Contreras «la libertad económica —si va acompañada de un estado de

derecho serio— proporciona siempre prosperidad. No solo prosperidad: también mejor atención sanitaria, esperanza de vida... y hasta igualdad social».

Precisamente para salvar esa contradicción ficticia entre liberalismo y cristianismo nació el **Centro Diego de Covarrubias**, que es un foro de pensamiento sobre economía, religión y libertad. Defendemos una visión de la sociedad comprometida con la libertad individual, guiada por el sistema de valores en los que se basa la civilización occidental, que ha demostrado ser la más libre, próspera y justa de las que ha creado el hombre. Como afirmó el anterior papa Benedicto XVI: «La cultura de Europa nació del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma; del encuentro entre la fe en Dios de Israel, la razón filosófica de los griegos y el pensamiento jurídico de Roma. Este triple encuentro configura la íntima identidad de Europa».

El sistema que defiende el Centro Diego de Covarrubias está basado en el respeto absoluto a la libertad y dignidad del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios e individualmente único.

Por lo tanto, afirma no solo la compatibilidad entre liberalismo y cristianismo, sino una mayor afinidad del mensaje evangélico con la teoría económica liberal, anticipadas precisamente por los escolásticos de la escuela de Salamanca, teólogos morales, en el Siglo XVI. Entre ellos estaba el obispo de Segovia Diego de Covarrubias, que da nombre al Centro. Este sabio formuló la teoría subjetiva del valor que es la base de la economía de mercado. Esta cuestión fue posteriormente desvirtuada por Adam Smith (quien tuvo otros múltiples aciertos) con su teoría objetiva del valor-trabajo en la que se basó en parte el marxismo.

Esa reivindicación de las bases liberales de la economía es la que trata de difundir el Centro Diego de Covarrubias.

De esta forma, también combate los errores socialistas que se han ido introduciendo en muchos documentos e instituciones religiosas que, buscando una inexistente tercera vía, han olvidado las raíces liberales de los teólogos morales del Siglo XVI. Entre esas raíces están los fundamentos del mercado y el capitalismo.

Los mercados son una institución clave para la libertad y la dignidad del hombre, que tienen su máxima expresión cuando actuamos intercambiando bienes y servicios libremente. Millones de personas, (consumidores o productores) y empresas participan en un proceso de descubrimiento de gustos, preferencias y deseos. Un proceso en el que, a través de la actividad empresarial, se crea riqueza y empleo y se distribuye esa riqueza en función de lo aportado por cada participante a los demás. Se trata de actividades voluntarias donde no existe coacción externa. Es cierto que el mercado no tiene rostro ni un proyecto humano ya que tiene 7.000 millones de rostros y 7.000 millones de proyectos actuando libremente y respetando la ley.

Es en los mercados donde, gracias a su libertad, nace la solidaridad, que es voluntaria, como bien define el Evangelio en la parábola del Buen Samaritano. Es la libre opción de las personas en el mercado la que crea y mantiene las múltiples ONG y otras iniciativas de carácter asistencial. Son iniciativas que se mantienen gracias a los beneficios libremente obtenidos en los mercados a través de la actividad empresarial en sus múltiples formas. Para los mercados la solidaridad es algo positivo pues nace de su propia esencia.

La clave está precisamente en los principios éticos y culturales en cuyo marco se desenvuelven el sistema económico de mercado y el sistema político democrático. Lógicamente si estos principios éticos y culturales se corrompen, ya sea

en una economía socialista o en una capitalista, pueden producirse resultados económicos y políticos perversos como estamos viendo constantemente en nuestra sociedad. Pero, como dijo Juan Pablo II en la *Centesimus Annus*, el problema no está en el sistema económico o político sino en el sistema de valores que rige en una sociedad. Cuando se critica, censura y denuncia el capitalismo como sistema económico, el papa aclara que «estas críticas van dirigidas no tanto contra un sistema económico como contra un sistema ético-cultural». Más adelante señala que «la economía de mercado no puede desenvolverse en medio de un vacío institucional, jurídico y político». Evidentemente el capitalismo debe estar regulado por el imperio de la ley y por un sistema de valores apropiado. Nadie en su sano juicio puede «deificar» un sistema que se basa en la libertad y en el respeto a la ley. Sin embargo donde existe «Socialismo Democrático» es el sistema político el que trata de controlar y manipular el sistema económico y el sistema moral-cultural, desapareciendo la libertad y la responsabilidad individual y, consecuentemente, la dignidad intrínseca de la persona.

La puesta en práctica de los tres sistemas mencionados coinciden perfectamente con lo que la Iglesia en el número 1905 del Catecismo de la Iglesia Católica define como Bien Común: «El conjunto de aquellas condiciones de vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección».

PRÓLOGO DE LA FUNDACIÓN BARCELÓ

Una síntesis necesaria

El cristianismo y el liberalismo no viven días de vinos y rosas en la arena pública española. Ni la religión en la que residen *in nuce* los derechos humanos y la inmensa mayoría de las libertades civiles de los regímenes demoliberales ni tampoco la doctrina política y económica que más prosperidad y bienestar ha traído a la humanidad desde la noche de los tiempos. Sin embargo, la distancia antagónica que ambos mantenían hasta hace treinta años se ha reducido considerablemente desde que Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus Annus*, retirara parte de los agravios que pesaban sobre el liberalismo según la tradición de la Iglesia. En una época como la nuestra en la que los credos, las ideologías y las doctrinas se afirman más por quién se tiene en frente que por lo que afirman por sí mismas, este acercamiento tenía que producirse tarde o temprano. Cristianos y liberales comparten su resistencia al Gran Leviatán estatal que extiende los tentáculos a esferas cada vez más personales —que afectan, en no pocas ocasiones, a la propia vida espiritual— al tiempo que trata de instaurar un pensamiento único dirigido a transformar ética y moralmente a los ciudadanos, a hacerlos virtuosos a la fuerza. Los idólatras del Estado están convencidos de que el Bien solo reside en el exterior, en las circunstancias sociales y materiales que envuelven al individuo y que, en consecuencia, están obligados a instaurar una especie de cielo en la tierra. De ahí

el fracaso del Estado del Bienestar que a medida que cuida más de sus ciudadanos, «de la cuna a la tumba» como decía Milton Friedman, no impide que la infelicidad de estos deje de aumentar al tiempo que crecen las demandas para un Estado todopoderoso del que todo se espera y que siempre, al ser tan grandes las expectativas, se queda corto, no solo porque los recursos son siempre limitados sino porque, aunque no lo fueran, el hombre siempre tendrá una necesidad de trascendencia que no podrán colmarla todos los honores y riquezas de este mundo. El Estado se erige pretencioso en el nuevo dios de la modernidad, al menos en uno de los más importantes, una idolatría que rechazan tanto cristianos como liberales.

Gabriel Le Senne ha realizado un importante esfuerzo para conectar cristianismo y liberalismo, al menos para señalar ciertos puntos de encuentro que a buen seguro van a resultar asombrosos para el lector medio. No es una empresa fácil. Desgraciadamente, ni los cristianos suelen ver con buenos ojos a los liberales ni estos a aquéllos. Los cristianos porque creen que las ideas liberales están en la misma raíz de la secularización que se inicia en el siglo XVIII cuando la idea de Dios se pone en duda y los liberales porque, como nos recuerda Le Senne, tratan a la religión como una mera superstición y algo a superar por la ficción del Progreso. Como hemos apuntado más arriba, el autor podría haberse complacido y conformado con una crítica feroz a la «estatolatría» que comparten liberales y cristianos pero ha querido ir más allá, tratando de acercarlos no solo por lo que rechazan sino por los principios fundantes que les unen. La tercera parte de este opúsculo, brillante y sin lugar a dudas lo más novedoso del ensayo, va en esta dirección, en este renovado esfuerzo que comparte Le Senne con algunos intelectuales como Jesús

DIOS NOS HIZO LIBRES

Huerta de Soto para profundizar en ambas doctrinas y realzar así sus puntos de encuentro que permitan vivir con coherencia el cristianismo y el liberalismo, una religión y una doctrina que, lejos de ser antagónicas, son más complementarias de lo que parece a primera vista.

PRÓLOGO DE JOSÉ-RAMÓN FERRANDIS

Dios nos ha hecho libres, efectivamente. Libres para amar, libres para odiar, libres para alcanzar nuestros objetivos, libres también para actuar de manera que no seamos capaces de alcanzarlos. Libres, en fin, para que podamos responsabilizarnos de nosotros mismos en pensamiento y acción.

Pensamiento y acción es lo que demuestra Gabriel Le Senne al escribir este opúsculo. Reflexión sobre el tejido económico de las sociedades, reflexión sobre la Palabra de Dios y, además, acción para vincular ambos ámbitos y demostrar así la perfecta sintonía entre Cristianismo y Liberalismo.

Gabriel Le Senne ha escrito un gran libro. Es un texto de divulgación, que no pretende profundizar en los grandes misterios de la existencia ni abrir nuevas puertas al conocimiento humano. Lo que Gabriel Le Senne hace es contar de la manera más amena y comprensible a su alcance -¡y vaya si lo consigue!- los nexos entre una posición ideológica ampliamente minoritaria¹ y la corriente religiosa más extendida en el mundo, el Cristianismo, que no solo permite entender y orientar la vida del ser humano según principios derivados de

¹ El Liberalismo como corriente de interpretación de la realidad económica tiene escasa presencia en los foros de información y de opinión de nuestros días; ello es así, esencialmente, porque un planteamiento estrictamente liberal no proporciona ventajas a quien lo defiende e instrumenta, por más que sí beneficie al conjunto de la sociedad.

la Palabra de Dios, sino que en sí mismo es la clave del cierre lógico que explica la génesis y el desarrollo del capitalismo en las dos últimas centurias.

La idea de Gabriel Le Senne queda patente en su Introducción a esta obra: el autor quiere disipar las tinieblas del desconocimiento, arrojar luz sobre una síntesis que muchos consideran imposible, pero que revela toda su fuerza y verosimilitud cuando se expone a la luz del análisis: el maridaje entre los Evangelios y el Liberalismo.

Este es un libro importante porque es un libro necesario. El autor es miembro de una generación en la que muchas personas no se arredran ante el predominio del relativismo, del nihilismo o de la priorización de actuaciones según el criterio último de su utilidad estrictamente egoísta y cortoplacista. Le Senne es miembro de una generación en la que los mejores se enfrentan a los lugares comunes, al predominio de la obtención de ventajas para un Yo carente de valores inmanentes, a la mitificación del materialismo rampante que apunta doquiera dirijamos nuestras miradas.

La idea de Dios prevalece en este libro por encima de todas las cosas; es el Dios de nuestros padres, el Dios que los movimientos antiliberales del Siglo XX dieron por muerto a caballo de un Nietzsche alucinado y de un Hegel necesitado de una Historia predeterminada. No lo lograron, a pesar de dejarse más de 100 millones de muertos en el empeño. No lo lograron y no lo lograrán, porque Dios está por encima de los planteamientos del Hombre.

Los cristianos, y concretamente los católicos², subordinamos el Hombre a su Creador y sabemos (Gabriel Le Senne

² La idea de Globalización es inherente a la misma existencia de la Catolicidad, que significa *strictu sensu* universalidad o globalidad. Coinciden-

lo subraya) cuál es el orden natural que inspira nuestra existencia. Los liberales estamos convencidos de cuál es el orden natural que rige las leyes de la Economía. Por tanto, se diría que nada más fácil que vincular ambos órdenes y concluir que estamos ante las dos caras de una misma moneda, ¿verdad?

No, nada más lejos de la realidad: hay que tener las ideas muy claras y la inteligencia muy abierta y conectada para ser capaz de vincular lo que estaba en la penumbra y llevarlo al nivel de lo obvio: Le Senne lo hace, lo hace con brillantez y lo hace con una amenidad tal que –lo confieso– me fue imposible dejar el libro desde que lo abrí hasta que lo terminé.

Dios nos hizo libres está estructurado en tres partes diferenciadas. En la primera, Gabriel Le Senne sitúa el Cristianismo en su contexto, evidencia sus principios rectores y patentiza su eternidad. En la segunda parte, el autor define el Liberalismo económico, desgana sus fundamentos y los orienta a la acción en cada uno de los ámbitos que interesan al *Homo Economicus*. En la tercera parte, la más rompedora, Le Senne nos lleva de la mano a una evidencia que no era evidente: el Cristianismo y el Liberalismo son manifestaciones humanas de una misma realidad.

Permítame el lector que cargue la mano de este Prólogo en la segunda parte del texto. Lo hago porque las treinta y cinco páginas dedicadas al Cristianismo son de una perfección casi circular, que no habilita glosas ni disecciones que empeorarían fundamentalmente un texto brillante en sí mismo. Lo hago porque esa parte es inequívoca. Uno la acepta como es, en su inmanencia, o la contempla con el estupor del que no ha sido tocado por la Gracia.

temente, la Globalización pone de relieve el éxito de la organización liberal de la Economía para sacar al Hombre de su estado original, la miseria.

En cambio, la segunda parte, centrada en diversos aspectos del Liberalismo económico, ofrece posibilidades de desarrollo variadas y amplias. Esta parte explica muchos de los mecanismos que mueven el Siglo y es un alegato claro a favor de la teoría —tantas veces oculta—³ que subyace a esa realidad.

Finalmente, la tercera parte del texto es asimismo un universo en sí misma, un colofón de gran trascendencia que no precisa de mayor comentario, salvo ser leída.

Le Senne define el concepto de Liberalismo y fija los principios que lo fundamentan. Hace especial hincapié en el derecho de propiedad, fundamento del Buen Gobierno⁴, que es a su vez el estado de cosas que explica el funcionamiento de las instituciones conducentes a la generación de riqueza. Por eso Le Senne insiste en que la propiedad aboca a la riqueza. Al llegar a este factor clave del funcionamiento de las sociedades donde se preserva y protege la propiedad privada, Gabriel Le Senne demuestra su profundo conocimiento del Liberalismo, de la ética y de la Historia y se zambulle en la dicotomía entre riqueza y desigualdad⁵. El autor desmonta el

³ Aprovecho que el Pisuerga pasa por Valladolid para recomendar una vez más (el propio autor lo hace en un pie de página del capítulo 2.1.5) la lectura del opúsculo «Lo que se ve y lo que no se ve» de Frédéric Bastiat. Ojalá esta pieza fuera de obligatoria lectura para nuestros políticos, reguladores y gentes del común, pues así nos veríamos libres en mayor medida de actuaciones bienintencionadas pero deletéreas de quienes no lo han leído.

⁴ El Buen Gobierno es el estado de organización de la *Res Publica* cuyos cimientos últimos son el imperio de la Ley, la estabilidad institucional y política, el respeto a la propiedad privada, la facilidad de acceso a bienes y capitales y la seguridad contractual.

⁵ La desigualdad es la nueva piedra angular del progresismo internacional, necesitado de nuevos mantras ahora que la pobreza se bate en retirada. La llamada «lucha contra la pobreza», que se concretaba en actuaciones de Naciones Unidas como los Objetivos del Milenio para el Desarrollo, ha sido reemplazada por la búsqueda de la igualdad en destino. No radica

argumentario progresista con ayuda de pensadores españoles como Del Pino y Rallo y demuestra que la búsqueda de la igualdad forzosa es extremadamente injusta, amén de absurda.

A partir de aquí, Le Senne entra en el factor nuclear que explica la superioridad del liberalismo sobre el socialismo: los precios y su papel en la función de producción. Sin acudir a tecnicismos, el autor pone de manifiesto el papel decisivo de los precios en el sistema económico, papel que explica además la imposibilidad del socialismo como sistema económico eficiente. Hayek, Von Mises y la Escuela Austriaca se muestran en todo su esplendor contra un fondo de impotencia soviética. El autor continúa con la primera derivada subsiguiente al hundimiento de la URSS: el predominio de la socialdemocracia, la regulación excesiva, la intervención incesante, los epifenómenos de un *New Deal* cuya vida se extiende durante los últimos 80 años. Por encima de una Guerra Mundial, de una Descolonización inducida, de una Guerra Fría y de la multipolaridad de nuestros días, la desmesura intervencionista continúa y alcanza su máximo esplendor en un Nobel como Krugman⁶, el defensor por antonomasia de los cristales rotos. Tras ese dislate neokeynesiano solo resta esperar que la destrucción general de infraestructuras y capital humano nos alcance. Como en septiembre de 1939.

el progresismo en reconocer que los hombres hemos sido creados iguales sino en que las personas **debemos** ser iguales por decreto, y para cumplir ese *ukase* está la intervención, con el arma de las transferencias de renta. Tenemos mantra para cincuenta años más.

⁶ Paul Krugman, premio Nobel de Economía en 2008, defiende la destrucción de activos en buen estado de utilización y conservación para reconstruirlos de inmediato, esperando que ello tire de la demanda y arranque el motor del crecimiento. Krugman no ha vacilado en desear una invasión de extraterrestres como detonante o catalizador.

Llegados a este punto, Le Senne hace un gambito de dama para sacudirse el polvo de la ruina económica intervencionista y entrar en la descripción de lo-que-podría-llegar-a-ser bajo un sistema capitalista liberal no intervencionista, lejos del *crony capitalism*⁷ imperante.

Ese exceso de intervención se pone de relieve en el peso del Estado sobre la Sociedad, apoyado en partitocracias y financiado por el cada vez mayor peso de los impuestos que son, junto con la inflación, el más artero atentado contra la libertad económica y la riqueza de personas y empresas.

Ese exceso de intervención se refleja en el mercado de trabajo, cuya regulación es esencialmente voluntarista, fijando arbitrariamente precio a los salarios y determinando administrativamente la casuística contractual. Nada estructuralmente distinto del sistema que prevaleció en la URSS hasta su desaparición: la sombra del comunismo es alargada.

Más allá de las variables asociadas a los precios de los factores, Gabriel Le Senne expone los efectos de la intervención (y de su petulancia) en Educación, Sanidad, Pensiones y Asistencia Social. En todos estos ámbitos, la lucha es la misma: libertad frente a coerción, derecho a elegir frente a uniformización, autonomía de la decisión frente a ordenancismo.

En todos estos casos, los costes de la intervención son enormes, la ineficiencia de la socialización es evidente y la teórica redistribución de riqueza (en favor de los gestores y sus grupos asociados, evidentemente) es considerablemente imperfecta.

⁷ Se entiende por *Crony Capitalism* o capitalismo de amiguetes el que prevalece en los países del mundo y que consiste en la estrecha colusión entre el poder político y las grandes empresas o grupos de presión, que se conceden respectivamente favores en detrimento del funcionamiento de las instituciones del sistema.

Las pensiones y en especial el sistema contributivo⁸ predominante merecen capítulo aparte. Y no es para menos, porque Le Senne pone el dedo en una llaga que solo puede ampliarse y empeorar, que antes o después va a afectar a todas las cohortes de población y que no tiene arreglo salvo asumir el sistema de capitalización. Lástima que se dejara pasar en España el momento óptimo para iniciar el traslado entre uno y otro.

Nadie pone en duda la necesidad de una Asistencia Social en las sociedades modernas y mucho menos en las que se lo pueden costear al máximo grado que no desencadene graves efectos secundarios indeseados. Nadie lo pone en duda, tanto por razones éticas como sociales y políticas. Lo que no está claro es el alcance y la profundidad de esa cobertura del Estado sobre los ciudadanos, su función y sus consecuencias, y sobre estos tres aspectos se detiene el autor con sutileza no exenta de espíritu crítico.

Incide Le Senne en un aspecto de raigambre macroeconómica como es la Política Monetaria que asocia —es necesario a la vez que inevitable— al sistema bancario y al mundo de las finanzas en general. Este es un elemento central en la polémica entre intervencionistas y liberales. Gabriel Le Senne lo trata con la firmeza que proporciona el dominio de la historia de los dos modelos de interpretación y modificación de la realidad.

El repaso es importante. Comienza con una referencia al Patrón Oro y su desvinculación del dólar, sigue con una mención de la Reserva Fraccionaria y en todo momento pone

⁸ El sistema Bismarck se puso en práctica cuando la expectativa de vida no alcanzaba los 46 años de edad y cuando cada pasivo era sufragado por 16 activos. La relación es ahora de menos de dos activos por cada pasivo, por lo que el sistema ha devenido insostenible para funcionar de manera autónoma.

de relieve los efectos negativos de la inflación. El autor no lo menciona explícitamente, pero a la existencia del dinero fiduciario subyace la inmensa soberbia del Poder, convencido de que su voluntad⁹ doblegará la naturaleza de las cosas. Nada más lejos de la realidad, pues las leyes inmutables de la naturaleza económica acaban manifestándose en toda su crudeza y castigando a las sociedades sobre las que prevalecen. Eso sí, los reguladores salen siempre indemnes.

El autor revisa la situación del Sistema Financiero y Bancario y el precio del dinero, manipulado hasta la exageración por los grandes Bancos Centrales y responsable de la crisis de 2007 y años sucesivos. Cuando el pool de ahorro no financia las inversiones y estas dependen de la represión financiera (minimización de tipos de interés y expansión de la masa monetaria) arbitrariamente dispuesta por los Bancos Centrales (obedientes de nuevo al Poder político), el desastre está garantizado. Los Bancos Centrales han hinchado el perro de la demanda agregada para desembarazarse de los ciclos económicos y garantizar estabilidad política y al final, ni tenemos perro, ni tenemos estabilidad ni tenemos respeto a las leyes, sean económicas o generales. ¡Todo vale!

Da el autor por terminada su incursión en el ámbito macroeconómico entrando en algo que un liberal valora especialmente: el análisis de las regulaciones relativas al vicio moral por contraposición al marco legal. Se refiere el autor a las drogas: a su tráfico, control, daños y penalización. No parece que el estudio de la Historia de las Sociedades sea una asignatura que los poderes ejecutivos y legislativos del mundo hayan aprobado con solvencia. Bastaría un vistazo a los efectos de la Ley Seca para convencerse de que ciertas prohibiciones

⁹ *Fiat*, es decir, hágase.

son extraordinariamente contraproducentes. Las ventajas de la legalización superan con creces los inconvenientes del consumo, pero no puede extrañar que quienes son capaces de elevar los aranceles y justificarlo con argumentos referidos al Bien Común multipliquen las prohibiciones y aseguren con aplomo que es por el bien del común.

Hablando de proteccionismo y aranceles, Le Senne nos da unas pinceladas sobre cómo impacta elevar los impuestos a las importaciones (aranceles) en el equilibrio, la salud y la eficiencia de las economías. Conviene traer a colación los efectos terribles que la Smoot-Hawley Act de 1930¹⁰ tuvo sobre la economía internacional, perpetuando la Gran Depresión y contribuyendo a llevar al mundo a una guerra de terribles consecuencias. Esas consecuencias (y las de la Guerra de Corea de 1950) partieron a dos países que con el correr del tiempo permitieron establecer comparaciones que avalan éxito del liberalismo. Le Senne se refiere a dos ejemplos, el de las dos Alemanias y el de las dos Coreas. Nadie que no quiera ver puede dejar de ver el distinto destino de la RDA¹¹ respecto de la RFA¹² y el de Corea del Norte del de Corea del Sur¹³.

Y con esto, llegamos a la tercera parte del texto, donde el autor vincula con elegancia las dos anteriores: el Cristianismo y el Liberalismo. Se sirve para ello de la Parábola de los talentos, que es un claro ensalzamiento del capital y

¹⁰ La Smoot-Hawley Act supuso la elevación de 40.000 posiciones arancelarias en los EEUU. La respuesta de los restantes países el mundo no se hizo esperar. Las consecuencias fueron inmediatas.

¹¹ República Democrática Alemana o Alemania del Este/Oriental.

¹² República Federal alemana o Alemania Occidental.

¹³ En 1950, cuando China y la URSS comenzaron la Guerra de Corea, la Renta *per capita* era similar entre el Norte y el Sur de Corea. La relación ahora es de 1 a 36. Constatación empírica se llama esa figura.

de su utilización. Se sirve también de I Samuel 8, el claro y terrible aviso bíblico sobre las consecuencias de someterse a un poder fuerte por encima de los ciudadanos. Y se sirve de los múltiples pasajes del Viejo y el Nuevo Testamento en los que se subrayan los principios de Libertad, No agresión y No intervención.

Termina Gabriel Le Senne analizando la evolución y contenidos de la Doctrina Social de la Iglesia, que el autor demuestra conocer en todo y en la parte que se refiere al gobierno limitado, su condena del socialismo y el comunismo y la defensa del libre mercado. La base teórica procede de los papas Benedicto XVI y San Juan Pablo II y sus antecesores, así como de los economistas y filósofos Rhonheimer, Novak, Contreras, Habermas, Huerta de Soto y Marcello Pera, entre otros, que enlazan con la Escuela de Salamanca (XVI) y la Austriaca de Economía.

La conclusión del autor es inequívoca: Cristianismo y Liberalismo, lejos de enfrentarse, son complementarios. Gabriel Le Senne hace con este texto un ejercicio de sabiduría y de valentía simultáneos: observar la realidad tal como es, mirarla de frente y explicar a sus coetáneos lo que ve.

En esta segunda edición, que editamos ya en nuestra colección Cristianismo y Economía de mercado, Gabriel Le Senne insiste en los mismos principios e ideas con pequeñas correcciones que expuso hace cuatro años en la primera edición.

En Madrid.

JOSÉ-RAMÓN FERRANDIS

DIRECTOR DEL CENTRO DIEGO DE COVARRUBIAS

1. INTRODUCCIÓN

El propósito de esta obra es simplemente **divulgativo**: como liberal, creo firmemente que la aplicación de nuestras ideas sería tremendamente beneficiosa para toda la humanidad. Como católico, estoy llamado a anunciar el Evangelio, que según mi experiencia es lo único que puede aportar verdadera paz y felicidad al ser humano.

Tras haber comprobado lo extendida que está la ignorancia sobre ambos asuntos, la difusión que han alcanzado tantos clichés y tergiversaciones, y lo insuficientes que resultan las explicaciones verbales sobre estas materias de cierta complejidad, he decidido tratar de **resumir lo más brevemente posible lo esencial de ambas doctrinas**, y las razones por las que las considero ciertas, con la intención de que el lector más o menos lego pueda comprender rápidamente la bondad que –en mi opinión– les es inherente. También proporcionaré alguna bibliografía de utilidad por si mi esfuerzo no ha sido del todo en vano, y algún lector se siente interesado y quiere profundizar. Por consiguiente, no esperen encontrar ideas originales en este resumen, pues mi única labor ha consistido en hacer acopio de las ideas y citas más interesantes que he encontrado al respecto.

Ruego la indulgencia de los lectores versados en la materia. **Este trabajo no pretende ser exhaustivo, científico ni académico.** Intentaré, obviamente, ser lo más riguroso posible,

pero también breve, y por ello inevitablemente omitiré algunos aspectos sobre los que se han escrito bibliotecas enteras.

En cuanto al motivo por el que trato en un mismo texto materias aparentemente tan dispares, debo decir que he podido constatar la existencia de un gran número de **católicos que desprecian el liberalismo** e incluso lo consideran incompatible con nuestra religión. Se imaginan al liberalismo como una doctrina que solamente defiende un egoísmo vacío, los intereses materiales de cada uno y la ley del más fuerte.

Del mismo modo, muchos **liberales desprecian la religión católica**, juzgándola una reliquia de un pasado supersticioso e irracional, una ideología reaccionaria e, incluso, *«la mayor maquinaria de coerción de la historia»*, como me han llegado a escribir.

Por ello, al final de esta obra trataré de argumentar que **el cristianismo y el liberalismo correctamente entendidos no solo son compatibles, sino que se complementan** de tal modo que, desde el punto de vista del ciudadano católico, si quisiéramos acercarnos a la perfección que debe ser meta de todo cristiano, deberíamos propiciar con todas nuestras fuerzas la instauración de un marco político y jurídico liberal. Igualmente, desde el punto de vista liberal, debe tenerse en cuenta que el liberalismo ha nacido en la civilización occidental, por lo que depende más de los valores cristianos de lo que muchos liberales se han parado nunca a pensar.

El capitalismo ha permitido durante los dos últimos siglos un desarrollo espectacular de la humanidad, tanto en población como en la mejora general de sus condiciones de vida. Pese a la visión negativa que hoy predomina, la reducción de la pobreza ha sido una constante, y la mejora exponencial de la economía global salta a la vista cuando se examinan los gráficos históricos o se analiza la historia con un

poco de perspectiva. Frente al estancamiento o mejora muy gradual durante los milenios anteriores, en los últimos siglos hemos asistido a una explosión del desarrollo humano de la que mucha gente no es plenamente consciente.

Ese desarrollo ha sido protagonizado por la civilización occidental gracias a sus principales **instituciones**: economía (relativamente) libre, democracia liberal, y religión cristiana, de la que, como veremos, derivan buena parte de los **valores** que inspiran a las dos primeras.

A medida que Occidente ha ido olvidando esos valores, su civilización ha ido perdiendo su brillo y su liderazgo mundial. Su demografía declina, su economía permanece estancada en un mar de deuda y su influencia política mengua frente a la aparición de nuevos actores. Es por ello que **constituye una necesidad apremiante recordar y reivindicar las raíces de nuestra civilización.** Este ensayo es un intento de contribuir a esa causa.